

América Latina frente a los retos de la globalización desde el punto de vista cultural y económico

La historia hasta hoy y la del futuro de América Latina necesita el concurso de grandes hombres capaces de construirla en equipo, en vez de estar sometida, con la globalización, a fuerzas sociales políticas y económicas ignotas, en las que nadie pueda influir.

Luis Carlos Alayón Agudelo

Economista y Magister en Economía.

Universidad Javeriana.

Investigador en: Crecimiento Económico

Introducción

Este escrito pretende centrarse en los efectos de la globalización en el bienestar de una región políticamente definida, desintegrada, con intercambios económicos y culturales variados y distintos, con pobreza generalizada, salvo la extrema riqueza de sus pequeñas élites.

Entre los países de América Latina hay distintas formas de gobierno, monedas, sistemas económicos, dotación de recursos, culturas, instituciones y gamas de productos.

Desde el punto de vista económico, las ideas se fijarán en la elección en cuanto a aplicación de recursos escasos para alcanzar las metas deseadas y por ende se centrarán en la manera en que las políticas internacionales afectan a aspectos tales como:

el bienestar social, la distribución de los ingresos, el empleo, el crecimiento y la estabilidad de precios y en la incidencia de las políticas gubernamentales en la sociedad.

El comercio internacional

A través de la historia económica, el comercio internacional ha sido una bandera para inducir el crecimiento, desarrollo y adquirir fuerza económica. En la medida en que un país busque obtener múltiples beneficios aumentando el intercambio de bienes, servicios y factores, ha adquirido preponderancia en las transacciones internacionales.

En la medida en que visualicemos la importancia del comercio internacional apreciaremos los factores básicos que sustentan el éxito del intercambio de bienes y servicios, y el efecto económico de las

políticas que se implementen y se desarrollen para orientar el rumbo del comercio internacional en armonía con las variables micro del comercio de bienes y servicios particulares y, a nivel macro, con los déficit presupuestarios, el dinero, los tipos de cambio, las tasas de interés y los controles latentes de la inversión externa.

Con anterioridad, Adam Smith y los mercantilistas impusieron sus ideas sobre el comercio internacional; estos recalcaron que el superávit de exportaciones era el único camino para obtener especie y aumentar la riqueza.

Con el transcurrir de los años, David Hume y Adam Smith pusieron en entredicho estas tesis. Adam Smith con su tesis de la ventaja absoluta logró inculcar nuevas ideas sobre la naturaleza y los beneficios potenciales del comercio; estas ideas influyeron en gran medida en el pensamiento clásico y desde luego en las políticas comerciales.

La tesis central del argumento de los flujo-especies de Hume y de Smith es que los países pueden beneficiarse del comercio de bienes en la medida en que estos fueran más eficientes; este razonamiento también jugó un papel preponderante y decisivo en el traspaso gradual y sistemático del proteccionismo hacia el libre comercio.

Esta transición recibió un gran impulso por David Ricardo pero haciendo énfasis en que el comercio internacional no requiere diferentes ventajas absolutas y que es posible y deseable el comercio cuando existen ventajas comparativas.

Ricardo y otros economistas clásicos sostuvieron que la fuente de los beneficios del comercio no es la utilización de los recursos ociosos, sino el uso más eficiente de los recursos internos a través de la especialización de la producción según la ventaja comparativa.

Para John Stuart Mill además, de los beneficios estáticos que recibe un país y que son producto de la reasignación de los recursos, el comercio también genera efectos dinámicos de gran importancia para el proceso de desarrollo económico, entre otros:

- La capacidad para adquirir capital y tecnología
- El impacto del comercio
- La reasignación de recursos en la acumulación del ahorro
- El tener un mayor contacto con otros países y culturas nos ayuda a disolver los aspectos negativos de la tradición, alteran los deseos y estimulan el espíritu empresarial, los inventos y las innovaciones.

De la teoría a la práctica

En los años 20 y 30 del siglo XX, se vio la aparición de lo que Milton Friedman gusta llamar la “gran contracción” o lo que otros economistas suelen llamar “la gran depresión”. En esta época, los grandes postulados económicos parecieron no responder a las necesidades y circunstancias de entonces, los altos niveles de desempleo y miseria se alejaban de esa gran sociedad descrita por Adam Smith y sus allegados. Este modelo que no permitía el desempleo no decía como deshacerse de él.

Por los años de 1936 Jhon M. Keynes en su libro titulado “La Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero”, describe un mundo en el que podía existir desempleo. Su argumento esencial era que los mercados no funcionaban perfectamente, que existían asimetrías en el mercado de trabajo, o sea el mercado podía determinar los salarios de pleno empleo y en el mercado de inversión esta política podía determinar el tipo de interés, de modo que el ahorro y la inversión fueran iguales entre sí.

¿Entonces qué era lo que hacía que el mercado de trabajo no se equilibrara, que existiera desempleo y que el tipo de interés no consiguiera equilibrar el

mercado de inversión? La respuesta está en las asimetrías. Hablando en retrospectiva, la proyección más importante de este modelo es que dotó a los gobiernos de un marco teórico para su intervención en el manejo económico.

Un segundo aspecto que hay que resaltar fue la “Revolución keynesiana” que consistió en la dirección que le dio a la investigación económica.

Como a estas alturas los economistas ya hablaban de los ciclos económicos, entonces las tesis keynesianas estaban orientadas, no a buscar cómo se generaban estos ciclos, sino por el contrario, cómo utilizar políticas anticíclicas de corto plazo que logaran mitigar los efectos de esos ciclos.

Ya en los años 50 se consolidaron las políticas anticíclicas keynesianas con una correlación estadística que descubrió W. Phillips en las economías de los Estados Unidos e Inglaterra. Phillips observó que a períodos de elevado desempleo correspondían períodos de baja inflación.

El modelo keynesiano encontró su mayor preponderancia y acogida en los años 60, con los aumentos del nivel de vida mundial y en el largo y continuado crecimiento económico en los Estados Unidos y en Europa, situación que llevó a Robert Solow a declarar que “por fin los macroeconomistas entendieron cómo funcionaba la macroeconomía”.

En los años 70 se dio la mayor crisis desde el punto de vista macroeconómico: la estanflación. Una elevada tasa de inflación acompañada de un elevado nivel de desempleo, situación que puso en aprietos al modelo keynesiano. Como este no respondió a tal exigencia, hubo que hacer ingentes esfuerzos para encontrar una repuesta y se dio una de las mayores innovaciones intelectuales en economía: incorporar en los modelos macroeconómicos las expectativas de los individuos.

Fue como el as de la manga del modelo keynesiano, porque Keynes en la Teoría General habló de los efectos y la importancia de las expectativas, pero los seguidores las habían pasado por alto.

Entonces, la respuesta del modelo keynesiano, a la crisis de los años 70, fue la incorporación de las expectativas adaptativas. A la postre un grupo de economistas jóvenes sugirieron otra forma de ver el mundo macroeconómico. Dadas las inconsistencias observadas en el modelo keynesiano, centraron su atención en los fundamentos macroeconómicos y entonces ingresamos a lo que hoy se conoce como la teoría de las expectativas racionales, enfoque desarrollado por Robert Lucas, Premio Nobel de Economía. A través del desarrollo del presente escrito contrastaremos qué tanto estas teorías influyeron acertada o desacertadamente en los gobiernos en la implementación y desarrollo de sus políticas económicas.

Perspectiva cultural

Para los sociólogos, cultura es un especial tipo de actividades y de objetos, de productos y de prácticas, casi todas pertenecientes al canon de las artes y las letras.

Para los antropólogos, “cultura” es todo, pues en el magma primordial que habitan los primitivos tan cultura es el hacha como el mito, la maloka como las relaciones de parentesco, el repertorio de las plantas medicinales como el de las danzas rituales.

Esta dualidad en la actualidad se ve desdibujada, de un frente, por la creciente y sistemática especialización en las comunicaciones de lo cultural “organizado en un sistema de máquinas productoras de bienes simbólicos que son transmitidos a sus públicos consumidores”². Aquí cada uno se identifica con su medio de comunicación, la escuela con el alumno, la prensa con sus lectores, etc.

² J.J. Brunner, América Latina: Cultura y Modernidad, Grijalbo, México 1992.

Pero también se puede encontrar un movimiento antagónico de la cultura: desde el punto de vista antropológico es un movimiento donde el devenir de la vida social se convierte en cultura, todo gira en torno del sujeto/objeto de la cultura tanto el arte como la salud, el trabajo como la vivienda, etc. la interacción de este doble movimiento está en la comunicación.

Las culturas étnicas, nacionales o locales en el espacio – tiempo de las leyes de la oferta y la demanda con tecnologías globales se inscriben al movimiento de lo que hoy se llama industrias culturales comunicacionales.

La globalización económica y tecnológica disminuyen la importancia de lo territorial, devaluando las referentes tradicionales de la identidad y creando multiculturalidades que sobrepasan toda barrera local o nacional.

Alan Touraine dice: “Se consideraba que el mundo moderno estaba unificado mientras que la sociedad tradicional estaba fragmentada; hoy por el contrario la modernización parece llevarnos de lo homogéneo a lo heterogéneo en el pensamiento y en el culto, en la vida familiar y sexual, en la alimentación o en el vestido”.

Y es en el campo de las industrias culturales donde América Latina debe hacer valer su diversidad y riqueza cultural, aun en la interculturalidad, para dar a conocer en las distintas relaciones todo su aporte y su capacidad de asimilar lo mejor de otras culturas. Esto sería competencia no sólo de los gobiernos sino también de la sociedad civil organizada por ejemplo en las redes locales y regionales que cada vez más van integrando nuestros países en diversos tópicos.

La Sociedad latinoamericana y su espacio cultural

Cuando estamos ante un mundo que se está globalizando en forma sistemática a través de la

integración, uno se puede preguntar ¿Quiénes se integran? Individuos solos, tribus, naciones o poderes fácticos, o también existe un espacio de sentido entre Estado – Nación en el mundo globalizado?

En términos de globalización no se acepta la existencia posible de estos espacios entre los individuos y el mundo global. La globalización es un fenómeno real y es dominado por poderes fácticos transnacionales. Frente a esto hay procesos significativos que hay que resaltar.

Uno es la homogeneización de la cultura de masas, principalmente mediática y de origen norteamericano y otro es la explosión de identidades, en general, de tipo comunitario con principios más descriptivos que electivos. La segunda existe en procesos dinámicos de reconstrucción y de redefinición de los estados nacionales, además de procesos democráticos internos que contemplan nuevas fórmulas de integración y protección social.

Amén de la conformación de grandes bloques con la dificultad e imposibilidad de crear gobiernos globales lo que haría que, los mecanismos globalizadores queden en manos de organizaciones transnacionales, que se tienen con el poder económico, los medios de comunicación y muchas veces la anuencia de los políticos y de los gobernantes de turno.

La tercera tendencia es la expulsión de los procesos de globalización de vastos sectores de la humanidad, y la generación por parte de cada nuevo mecanismo de globalización de nuevas formas de exclusión. El grupo de afectados asciende a más de la mitad de la población del mundo, y cada vez hay más personas que no se identifican con la comunidad organizada de sus países y que se vinculan a la globalización en forma puramente simbólica y mediática.

La cuarta característica de la globalización es la manipulación o dominación por las grandes poten-

cias, o por poderes económicos fácticos transnacionales, que tienen como contrapartida lo que suele llamarse mundialización de la sociedad civil.

El espacio cultural latinoamericano no puede reducirse a asegurar la identidad y la presencia de la región en el mundo, a través de sus lenguas o de sus manifestaciones culturales, además, por el contrario, debe ser utilizada como una herramienta competitiva en un mundo global.

La sociedad latinoamericana en el transcurso de las últimas décadas ha vivido grandes transformaciones.

Agotado el modelo de “desarrollo hacia adentro”, que condujo a nuestro continente a perder dinamismo del sector público e industrial urbano a un modelo de ajuste, estabilización y reformas estructurales, apuntando hacia una inserción más dinámica en la economía global bajo las directrices de las fuerzas del mercado.

Como consecuencia de lo anterior, la estructura social sufrió su propia transformación con el consecuente aumento de la pobreza, la marginalidad y el deterioro creciente y sistemático del sistema educativo y por ende de su productividad.

Así entonces, nuestro continente está en la imperiosa necesidad de crear un nuevo tipo de sociedad, una sociedad integrada, **una sociedad del conocimiento** que interactúe de igual a igual con el resto del mundo.

Globalización, democracia y dimensión cultural

Para minimizar todas aquellas nuevas formas de exclusión que trae consigo la globalización se debe puntualizar sobre la democracia social que tiene que ver con la igualdad y la diversidad sociocultural.

Para entender mejor el tema haremos primero algunas precisiones.

Equidad significa igualdad de oportunidades individuales, y se puede alcanzar a través del crecimiento económico con justicia social.

Igualdad significa menor distancia socioeconómica entre categorías; quiere decir no solamente que los pobres sean menos pobres y los débiles menos débiles, sino que haya una mejor distribución del ingreso y es aquí donde el Estado juega un papel preponderante.

En lo atinente a la diversidad sociocultural en América Latina, históricamente hablando la principal diversidad reconocida es la de los diferentes Estados – Nación; en otros casos, la de las culturas autóctonas en un plano folclórico característico de cada región. Hay una gran densidad cultural, una gran presencia histórica de culturas originarias, donde predomina la diversidad con rasgos marcados, a diferencia de las sociedades “homogéneas” como la europea donde se tiende a acentuar la aversión a la diferencia.

El cambio de modelo económico que condujo a una transición a la economía de mercado, con la idea básica de ajustar la economía en tiempos de crisis, a un modelo alternativo de desarrollo, no contempló y menos visualizó la exposición de nuestras sociedades a los poderes económicos transnacionales, haciéndola así más vulnerable al intercambio desigual con la consiguiente degradación de la condición humana y de la vida democrática.

Abrir y desregular la economía no constituye un modelo de desarrollo como tal, es necesario entonces definir cuál debe ser el papel del Estado, como gestor del bien común y de la sociedad y sus actores como controladores de los recursos. El acento social de una democracia ciertamente está en ese de-

finitivo rol del Estado como promotor de la equidad y del progreso con justicia social.

Integración cultural latinoamericana

El uso del castellano y del portugués favorece el que las diversas culturas en Latinoamérica puedan tener multiplicidad de intercambios y enriquecerse mutuamente. Las crecientes facilidades para la comunicación facilitan el conocimiento de grandes tesoros de las culturas indígenas y africanas.

Pero es necesaria la integración dentro de cada uno de los Estados y la reconstrucción de sus instituciones políticas, para que sean efectivas en el logro del bien común a través de la democracia verdaderamente participativa.

En este sentido, la integración cultural implica que se adelanten políticas de educación, políticas de salud y políticas de vivienda popular, entre otras.

En la medida en que se vaya avanzando en estos frentes, se irán dando los pasos de integración. Para salir avantes en este proceso de globalización corresponde la imperiosa necesidad a cada país del subcontinente latinoamericano reorganizar su modelo de sociedad que los ponga a tono y a la par con las exigencias que implican lo global, combinando una política económica abierta con la defensa de las identidades culturales, dentro del respeto a la diversidad y al pluralismo.

Globalización vs. identidad cultural

La globalización es “vivida como una invasión extraterrestre” (Lechner, 1999), ante los inusitados avances tecnológicos. Se la identifica con expansión de los mercados, y, por tanto estrecha la capacidad de acción de los Estados nacionales, los partidos, los sindicatos y en general los actores políticos clásicos.

Por su parte, la corrupción política y la pérdida de credibilidad de los partidos han hecho que en forma sistemática estos vayan perdiendo credibilidad y estén siendo reemplazados por los medios de comunicación y por los tecnócratas.

Frente a la creciente transferencia de decisiones de instancias nacionales políticas a una difusa economía transnacional, esta está contribuyendo a que los gobiernos nacionales se conviertan en administradores de decisiones impropias, con la consiguiente atrofia de su imaginación socioeconómica y descartando las políticas de largo plazo.

Una sociedad latinoamericana donde en las últimas décadas se ha mudado la mayor parte de su población del campo a la ciudad, con una estrategia económica de desarrollo industrial sustitutivo, jugando en espacios de intermediación modernos, se enfrenta a este súbito reordenamiento que ha hecho trizas lo que se había diseñado e implementado durante casi 50 años atrás. Le corresponde, entonces, sin antes haber asimilado estos procesos, enfrentar uno nuevo, el de la globalización que lleva consigo la descentralización de los países, el debilitamiento de las instancias nacionales y el marcado acento de la dependencia económica y cultural.

La crisis de gobernabilidad, las devaluaciones, junto al aumento del desempleo y la pobreza, hacen urgente el buen gobierno que se requiere para estrangular estos problemas que agobian a nuestras economías; estos problemas hacen que la gente “desconfíe del futuro”.

La globalización impone un rigor a la competencia internacional y rompe la estructura de la producción endógena, favoreciendo la expansión de las industrias culturales homogéneas que responden a las diversidades sectoriales y regionales. Destruye o debilita a los productores poco eficientes y esti-

mula a las culturas periféricas a conquistar nuevos mercados sin los cuales es muy difícil su propia viabilidad económica. Esos nichos de mercado serán excelentes oportunidades de progreso si se privilegia la diversidad y las identidades culturales propias no sólo en la artesanía y en la industria sino también en la literatura, la música, el folclor autóctono con sus fiestas, gastronomía y bellezas naturales para potenciar la industria del turismo.

Nuestro continente abarca 0.8 % de las exportaciones mundiales de bienes culturales, teniendo el 9 % de la población del planeta, en tanto que la Unión Europea, con 7 % de la población mundial exporta 37.5 % e importa 43.6 % de todos los bienes culturales comercializados (Garretón, 1994).

“La lógica globalizadora de las tendencias transnacionales (ideologías, economía, finanzas, mercado, cultura...) cruza todas las fronteras y afecta la identidad o identidades culturales de las sociedades nacionales” (Bernal – Maza, 1998).

Dentro de este contexto encontramos una dinámica homogeneizadora y otra heterogeneizadora (Subercaseaux, 1998). La dinámica homogeneizadora pone sus derroteros a la inserción global (democracia, reducción del Estado, apertura de mercados, ajustes macroeconómicos, reconversión productiva y laboral, pautas de consumo y comportamiento...) apuntando a la unión, a la asociación, a la integración.

En contraposición, la dinámica heterogeneizadora le da importancia a lo propio, a mantener la identidad, a controvertir con la globalización homogeneizadora, como a los procesos de exclusión que provoca. Su punto de vista está en las fuerzas que separan, que fragmentan al nacionalismo o al localismo. Aquí es donde el Estado debe replantear sus límites y el papel que debe jugar en la búsqueda de mayores niveles de calidad y eficiencia en el diseño e implementación de sus políticas que con-

lleven a una integración participativa, que consolide su soberanía en la esfera de lo público.

Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación están influyendo en gran medida en las crisis y transformación de la política y de la democracia, porque se han convertido en un espacio privilegiado de la política. “No estamos asistiendo a la retirada de la gente de la escena política, sino a la penetración del sistema político por la política simbólica, las movilizaciones por los problemas concretos, el localismo, la política del referéndum y, sobre todo, el apoyo específico al liderazgo personalizado” (Castells, 1998).

Lo relevante, entonces, no es defender a ultranza las identidades culturales, sino entender las oportunidades que nos brinda la globalización, qué podemos hacer y cómo encarar la heterogeneidad, la diferencia y la desigualdad en un mundo donde la exclusividad local se pierde, pero es donde se realiza la vida cotidiana. “Pensar globalmente y actuar localmente” es tal vez el paradigma para hacer la convivencia global más solidaria y auténtica.

La interculturalidad de la globalización

Existe disparidad de criterios acerca de lo que se nos dice de la globalización. No existe una definición rigurosa de globalización, tampoco hay consenso sobre la época en que comenzó, ni de la verdadera dimensión que entraña el globalizarse.

Cuando nos preguntamos a cerca del comienzo de la globalización, autores como (Chesnaux, 1989; Wallerstein, 1989) indican que fue en el siglo XVI, al iniciarse la expansión capitalista de la modernización occidental, otros dicen que fue a mediados del siglo XX, cuando se acentuaron las innovaciones tecnológicas y de las comunicaciones, articulando los mercados a escala mundial. Esta conjunción de cambios tecnológicos y mercantilistas sólo

adoptó formas globales cuando se establecen mercados planetarios de las comunicaciones y del dinero, y se consolida

al desaparecer la Unión Soviética y al agotarse la unión bipolar del mundo (Albrow, 1997; Giddens, 1997; Ortiz, 1997).

Estas discrepancias expresan diferentes sentidos de entender la globalización, en todo caso, nos toca decir como afirma: Giddens, en 1997: “somos la primera generación que tiene acceso a una era global”.

Si situamos la globalización a mediados del siglo XX, encontramos que este es el resultado de la diferencia con la internacionalización y la transnacionalización. La internacionalización de la economía y de la cultura se inicia con las navegaciones transoceánicas, la apertura comercial de las sociedades europeas hacia el Lejano Oriente y América Latina, y la consiguiente colonización.

La transnacionalización es un proceso que se va formando a través de la internacionalización de la economía y la cultura, pero da algunos pasos más desde la primera mitad del siglo XX al engendrar organismos, empresas y movimientos cuya sede no está exclusiva ni principalmente en una nación. Phillips, Ford y Peugeot abarcan varios países y se mueven con bastante independencia respecto de los Estados y las poblaciones con las que se vinculan. No obstante, en este segundo movimiento las interconexiones llevan la marca de las naciones originales. (García Canclini, 1999).

La globalización se fue preparando en estos dos procesos previos a través de una intensificación de dependencias recíprocas (Beck, 1998), el crecimiento y la aceleración de redes económicas y culturales que operan en una escala mundial y sobre una base mundial.

Podríamos decir que lo anterior fue condición necesaria y suficiente, representada por el desarrollo tecnológico en los diferentes medios de comunica-

ción. Ocurre, entonces, una interacción más compleja e interdependiente entre focos dispersos de producción, circulación y consumo (Castells, 1995; Ortiz, 1997; Singer, 1997). Los procesos de avances y desarrollo en informática y telecomunicaciones fueron engendrando estos procesos globales que indujeron a flujos migratorios y turísticos que estimulan la adquisición de lenguas y de áreas multiculturales.

Aun así existen divergencias en cuanto al significado y el alcance de la globalización que nos da pie para extraer algunas conclusiones:

- 1) La globalización no es un paradigma científico ni económico, en el sentido de que no cuenta con un objeto de estudio claramente delimitado ni ofrece un conjunto coherente y consistente de saberes, consensuados intersubjetivamente por especialistas y contrastables con referentes empíricos. (Passeron, 1991).
- 2) Tampoco puede considerarse la globalización como un paradigma político ni cultural en tanto no constituye el único modo posible de desarrollo. La globalización, más que un orden social o único proceso, es resultado de múltiples movimientos, en parte contradictorios, con resultados abiertos, que implican diversas conexiones “local – global y local – local” (Mato, 1996).

Se podría decir que dada la escasa bibliografía en este campo, estas manifestaciones son apenas atisbos de lo que en realidad significa el término globalización.

Perspectiva económica

De la sabiduría del Gobierno a la sabiduría del mercado

Durante el siglo XX el tema central de las encarnizadas luchas intelectuales y políticas con reiterados

sobresaltos sobre el deslinde de las fronteras del mercado y el Estado, se ha convertido en uno de los grandes dilemas en términos globales. En la actualidad se están reencausando los efectos de esta controversia con miras a preparar el entorno para el siglo XXI.

Cuando se habla de esta frontera en términos estrictos, se puede encontrar uno con una cierta ambigüedad, dado el constante cambio que induce a modificarla. Sin embargo, en la mayor parte del siglo, el Estado como tal ha cruzado reincidente y exageradamente sus dominios en el escenario del mercado, mas lo que el mercado ha hecho en sentido contrario.

Las victorias del Estado fueron estimuladas por las revoluciones, las guerras mundiales y la gran depresión, por las desmedidas ambiciones de los políticos y gobernantes, también como pretexto de dar una mayor estabilidad a las democracias industriales e impulsar y estimular el desarrollo y, por ende, lograr un mayor nivel de vida de los pueblos en vía de desarrollo, teniendo como norte la equidad y la justicia.

Subyacía a todo esto una fuerte creencia de que los mercados interactuaban con excesos, con una fuerte probabilidad hacia el fracaso, que el radio de acción del mercado era insuficiente para cubrir todas aquellas necesidades sociales.

“La sabiduría del Gobierno” – La inteligencia colectiva de quienes toman las decisiones en el ámbito estatal – era considerada superior a la “sabiduría del mercado”, es decir a la inteligencia dispersa de los tomadores de decisiones privadas y de los consumidores en el mercado. (Yervin, Stanislaw, 1999).

Los Gobiernos de esta época lo hacían todo. Diseñaban políticas para estimular el crecimiento económico, diseñaban planes y programas para modernizar, reformar y crear instituciones para brindar

equidad, ampliar y diversificar oportunidades, apuntando a un mayor y mejor estilo de vida.

Hasta aquí la generalidad era que el control estatal era una constante dinámica que se perpetuaba obteniendo sus mayores efectos en la década de los sesenta, donde todo el mundo aceptaba y aplaudía el sistema de economía mixta, viéndose entonces los gobiernos estimulados a multiplicar y expandir sus tentáculos en el control del mercado. Richard Nixon se vio estimulado por este sistema que diseñó e implantó un programa minucioso de control de precios y salarios. Dijo entonces, “Ahora soy un keynesiano”.

Para los que creen en la sabiduría del mercado, el reinado de los gobiernos llegó hasta principios de los noventa y comenzó a escabullirse después de haber causado el estrangulamiento sistemático de las economías del mundo, pero más marcado en nuestro continente latinoamericano.

El socialismo aplicado en la Unión Soviética fracasó estruendosamente y aparecieron las políticas del Glasnot y la Perestroika para tratar de remediar el curso de sus sociedades empeñadas en la utopía comunista. En Occidente los gobiernos fueron suavizando su hegemonía y se dieron controles y responsabilidades, aquí empezó a consolidarse la demostración clara y palmaria del gran “fracaso gubernamental” y el mercado emergió como el ave Fénix.

Con la globalización encontraremos un crecimiento de los mercados del capital y la sistemática desaparición de las barreras al comercio y a las inversiones que consolidan cada vez más a los mercados con la promoción del flujo en el intercambio de ideas. Con el advenimiento de los mercados emergentes se generará dinamismo y nuevas oportunidades a escala masiva para la economía internacional.

Se observa en todo el mundo que la planificación de los gobiernos ya no es tan excesiva, su acción de poder es menor, los sistemas de regulación también son menores, dando pie para que los mercados se amplíen.

El extremo del liberalismo económico promueve el mayor culto que se le puede rendir a la globalización de los mercados, y es que los Estados, como los gitanos, levanten su carpa y abandonen las alturas del poder económico. Así, la tecnología, el capital frente a una economía flexible estará en su mejor ambiente moviéndose con mucha facilidad en busca de nuevas oportunidades, mercados y situaciones comerciales favorables. Esto es bueno para los dueños del gran capital. Pero, ¿qué pasará con las personas? En este escenario solo juegan como consumidores. No interesa nada para los propietarios del gran capital la dignidad de las personas ni mucho menos su condición de ciudadanos y demócratas.

Consecuencias y perspectivas en la relación Gobierno - mercado.

En la medida en que el tiempo ha transcurrido, se ha observado la marcada redefinición del Estado y del mercado, haciéndose entonces más evidente la verdad del axioma de Keynes. En este mundo de constante cambio hoy se hacen más influyentes las ideas debido a la velocidad y rapidez con que el tecnomodernismo marca su sendero.

Las teorías keynesianas tuvieron gran asidero en el manejo gubernamental de la economía en los años de postguerra. Pero medio siglo más tarde, esas teorías fueron reemplazadas por las teorías de Hayek, asiduo defensor del libre mercado. Si bien es cierto, la nueva economía keynesiana de Harvard tuvo gran influencia en los gobiernos de John Kennedy y Lyndon Johnson durante los años sesenta; en la década de los noventa la Escuela de Libre Mercado

de la Universidad de Chicago es la que ejerce una influencia predominante a escala global³.

Cuando hablamos de liberalismo económico, queremos significar que este tipo de liberalismo apoya la reducción del papel del Estado, la libertad económica y la confianza en el mercado y la toma de decisiones descentralizada; hace énfasis en la importancia de los derechos de propiedad intelectual y considera el papel del gobierno como el facilitador de la sociedad civil. Este liberalismo tiene sus raíces intelectuales en pensadores como John Locke, Adam Smith y John Stuart Mill; en este orden de ideas cuando nos referimos al liberalismo económico, significa mínima intervención del Estado.

Si hacemos un parangón entre el pasado y el presente, se observa que el liberalismo tradicional indica el renacimiento y de hecho nos traslada al pasado, dado que este tuvo su época floreciente a finales del siglo XIX. En los albores del siglo XXI el mundo vuelve a tener alguna similitud con los finales del siglo XIX, un mundo en el cual se amplían las oportunidades económicas, y las barreras al comercio y al turismo van desapareciendo. Al igual que en la actualidad un cambio tecnológico dinamizó y fomentó el cambio.

En el siglo XIX las innovaciones que se dieron en la máquina de vapor revolucionaron el medio de transporte; desde ese entonces, la difusión de esas tecnologías produjo una importante expansión del comercio mundial.

La Unión Soviética desacreditó el estatismo de cualquier tipo, mientras que el surgimiento de las prósperas economías del Asia Oriental indicaban un equilibrio diferente entre el Estado y mercado, resultando el dinamismo hacia lo global.

Así se fue consolidando el modelo de *economía mixta* cuyo rasgo fundamental era la participación

³ Véase Nicholas Stern, "The Economics of Development: A Survey", *Economic Journal*, vol. 99 septiembre 1989

marcada y directa del gobierno en la economía por medio de la administración fiscal o estatal que coexistía con el sector privado, mirando hacia la consolidación de un Estado benefactor. Este modelo tuvo vigencia durante cuatro décadas, después de la II Guerra Mundial.

Se debe resaltar aquí que en la medida que el mundo se veía surgir de la recuperación de la gran depresión, la economía mixta pasó a descansar sobre los fundamentos intelectuales del reformador del capitalismo: Keynes llegó a la conclusión de que la economía clásica se basaba en un error fundamental al asumir equivocadamente que el equilibrio entre la oferta y la demanda aseguraba el pleno empleo. Según Keynes, la economía era algo crónicamente inestable y estaba sujeta a fluctuaciones y el equilibrio entre la oferta y la demanda no garantizaba el pleno empleo.

Las razones de ello eran las inversiones inadecuadas y el exceso de ahorro, en presencia de incertidumbre. La solución, entonces, era sustituir la inversión privada por la inversión pública, financiada por un déficit deliberado.

Sin entrar en más detalles de las teorías keynesianas podría decirse que esta fue su parte medular y así en la mayoría de las economías occidentales estas teorías echaron cimientos intelectuales para una reforma del capitalismo controlado y orientado hacia el bienestar social.

El último nivel de empleo logrado por los países industrializados después de la Segunda Guerra Mundial se debió a la difusión, popularidad y acogida que tuvieron las tesis keynesianas y la actitud reorientada del Estado sobre el manejo y control de la economía.

Ya en los años setenta las tesis keynesianas no respondieron a los shocks de oferta de ese entonces y, por el contrario, lo que sucedía era que esta teoría,

a través de los años, había ido alimentando la coexistencia de una alta inflación y un alto índice de desempleo, lo que exigía un urgente replanteamiento del problema.

Se estaba ante la presencia de un aumento desmesurado del gasto gubernamental, de los impuestos gubernamentales, del déficit gubernamental, de la regulación gubernamental y la expansión gubernamental de las reservas monetarias.

Herbert Stein escribió: “y al final de estas dos décadas, la tasa de inflación era elevada, el crecimiento económico lento y nuestra tasa de desempleo ‘normal’... más alta que nunca. Nada más lógico que llegar a la conclusión de que los problemas existentes fueron causados por toda esa intervención gubernamental y que sólo se curarían revirtiéndola, o al menos, deteniéndola”.

Hasta aquí llegó la confianza que se tenía de la sabiduría del gobierno; el paradigma keynesiano no era tan sabio como parecía ser, le llovieron toda clase de críticas y argumentaban que la aplicación de ésta era en sí misma inflacionaria; en lugar de romper la inercia de una inversión inadecuada en el sector privado como lo había postulado Keynes en los años treinta, el gasto público la estaba desplazando.

Por otro lado, los gobiernos se quedaban cortos frente a los retos de las exigencias sociales; con una economía floreciente y de baja inflación, el público había aceptado la carga impositiva, pero frente a una recesión de crecimiento económico retardado y en presencia de una inflación que iba transfiriendo a la sociedad tasas impositivas cada vez más altas, puso en jaque el sistema del capitalismo regulatorio sugerido a partir del New Deal.

Este sistema estaba empantanado, era demasiado rígido, demasiado lento y demasiado distorsionante, entorpecía las innovaciones tecnológicas y comerciales; como las decisiones eran propias y no del

mercado, negaba a los mercados los beneficios de la competencia, tales como la mejora de la creatividad y la innovación que redundan en mayor calidad y menores precios de los productos y servicios.

El Gobierno en Latinoamérica como máquina impulsora de la economía

Albert O. Hirschman decía: “El subdesarrollo de Asia, África y América Latina parecían como el principal problema económico sin resolver en cualquier programa para un mejor mundo”.

Hirschman formaba parte de un grupo de economistas que con el propósito ineludible de luchar contra la pobreza en las nuevas naciones emergentes, desarrollaron una nueva rama de las ciencias económicas llamada economía para el desarrollo; estos economistas también fueron fuertemente influenciados por las teorías keynesianas.

Después de la Segunda Guerra Mundial se dio un giro marcado hacia la estabilización, fue estimulado, por un lado, por el surgimiento en el mundo occidental del estado benefactor y del intervencionismo keynesiano, y por el otro, la aplicación del marxismo en la Unión Soviética, mediante la economía centralmente planificada.

La teoría de la dependencia justificaba el dominio estatal, cuyas premisas importantes eran: barreras a la importación, una economía cerrada y un descrédito general de la economía de mercado.

Desde finales de los años cincuenta hasta principios de los ochenta, la teoría de la dependencia tuvo su mayor florecimiento. Esta tuvo su origen a finales de los años veinte y en la gran depresión de los años treinta, cuando el colapso de los productos primarios devastó la economía de América Latina, pues esta exportaba mercancías de este carácter.

La seguridad nacional en esos tiempos se convirtió en el pretexto de los gobiernos para hacerse cargo de los sectores estratégicos de la economía, con el objeto de satisfacer las necesidades del país y controlar las inversiones internacionales. Así fue como los gobiernos construyeron empresas mineras y petroleras, pero no sólo industriales, sino también comerciales y financieras estatales, en la gran mayoría de los países latinoamericanos.

La teoría que se convirtió en dogma en las universidades de América Latina, decía que los ricos se harían más ricos y los pobres más pobres y que, según este planteamiento, el comercio internacional no era un método para elevar los niveles de vida sino una forma de explotación y piratería, llevadas a cabo por las naciones industriales y las multinacionales; en tal sentido, Latinoamérica se convertiría en un exportador de productos primarios e importador de productos elaborados y así se haría el ingreso rápido de lo que se llamó la industrialización por sustitución de importaciones. Para lograr este propósito se impusieron fuertes aranceles a las importaciones como una forma de proteccionismo que ampliara a la industria nacional; las monedas fueron sobrevaluadas, lo que hacía más baratos los productos de importación necesarios para la industrialización, y con precios y licencias se hizo el control de las demás importaciones.

La sobrevaluación de la moneda desalentó las exportaciones del sector agrícola, elevando sus precios y por ende disminuyendo su competitividad. La carta de navegación de esas economías estaba bajo las directrices de la burocracia, donde predominaba la sabiduría del Estado y no la sabiduría del mercado.

Hasta la década de los setenta esta estrategia pareció funcionar. La renta per cápita real casi se duplicó entre 1950 y 1970. Durante esta misma década el papel del Estado

se amplió como potentado industrial y comercial; esta estrategia tuvo vigencia hasta comienzos de los años ochenta.

Los gobiernos, con la connivencia de los parlamentos engordaron a las instituciones del estado y en la mayoría de los casos se fue convirtiendo en resguardo de excesos burocráticos y de clientelismo, como retribución a favores políticos o electorales.

Durante la vigencia del conflicto Este-Oeste los gobiernos en Latinoamérica practicaron una especie de chantaje en nombre de la democracia, pues pedían financiación externa para mejorar sus aparatos bélicos pero también para sostener las empresas con el pretexto de no dejar entrar el comunismo. Pero ese pretendido chantaje resultó un arma de doble filo, pues en realidad significó un muy elevado endeudamiento de los países de América Latina frente a las instituciones internacionales de crédito.

La deuda externa golpeó con gran impacto América Latina entre 1975 y 1982, La deuda de largo plazo ascendió de 45 mil doscientos millones a 176 mil cuatrocientos millones de dólares más los préstamos de corto plazo del F.M.I. En 1982 el total era 333 millones de dólares. Nadie se percató del asunto hasta agosto de 1982 cuando México se encontró al borde del impago.

Las ideas y conceptos que habían modelado los sistemas económicos de América Latina habían fracasado abiertamente; esa lucha contra la dependencia la condujo a la bancarrota. En los siguientes años, cuando se hicieron ingentes esfuerzos por recuperarse, a esto se le llamó “la década perdida”. Al final de 1990, la renta per capita era menor que la que había logrado al comienzo de la década.

Los costos fueron incommensurables; las industrias tanto estatales como privadas que el sistema había fomentado eran muy ineficientes a causa del pro-

teccionismo, la falta de competencia y el aislamiento de la innovación tecnológica.

La agricultura quedó en el ostracismo, los déficit presupuestales aumentaron, se estaba en presencia de una inflación muy arraigada y los ahorradores se vieron perjudicados.

Como había una política monetaria descontrolada y unos altos déficit, la inflación se disparó a niveles insólitos, aumentó la pobreza y la distribución del ingreso se hizo más desigual.

Para recuperar estas economías, apareció el Fondo Monetario Internacional (F.M.I.), con el objeto de corregir los desequilibrios fundamentales, otorgando créditos y renegociando la deuda en casi todos los países de la región.

A finales de los años ochenta y comienzos de los noventa se empezó a dar pasos fundamentales hacia la salida de la crisis: en América Latina se reordenó en forma drástica el papel del Estado en la economía, trazando unos principios básicos. El tránsito del Gobierno hacia el mercado como principal distribuidor de los recursos en la economía. Y la teoría fue cambiando “el desarrollo y la utilización del mercado en lugar de regular, reprimir y distorsionar dicho mercado”.

Se dio una privatización a gran escala y los gobiernos marcaron así gradualmente su retirada, se redujeron las barreras tanto al comercio exterior como a la inversión extranjera, para recuperar los créditos que se habían perdido.

Los gobiernos se dedicaron a reducir los déficit, la inflación, y los gastos públicos serían reorientados más a los beneficios económicos que a las exigencias políticas; los tipos de cambio serían más competitivos y predecibles, se redefinirán los derechos de propiedad intelectual y se estimularía más la competencia que los monopolios.

Aquí se evidenció que el fracaso de América Latina había sido proporcionado por el fracaso de las directrices hegemónicas y arrogantes de sus gobiernos y no por el fracaso del mercado; este sistema anacrónico ya no podía generar crecimiento económico, la gente luchaba por sobrevivir con la hiperinflación y con servicios básicos inadecuados e insatisfechos.

De aquí en adelante en América Latina con los fantasmas de la dependencia, de la sustitución de importaciones, de las dictaduras militares derrocadas, los responsables del manejo económico deben visualizar los desafíos del futuro a sabiendas de que estos países están plagados de deficiencias en lo que se refiere a infraestructura, bienestar social y nivel educativo, índices de desigualdad económica, brecha entre ricos y pobres se encuentran entre las más altas del mundo y se han mantenido durante siglos; el cambio del control de las alturas del poder económico debe ser real, el Estado ya no puede seguir como un Estado controlador y asfixiante y menos un Estado que desempeñe el papel de empresario sino un Estado ágil, dinámico, y justo, equitativo que enfrente con gran diligencia las necesidades sociales.

Alejandro Foxley, ministro de finanzas de Chile decía: *“para hacer un buen trabajo técnico en la gestión económica hay que ser un buen político. Si no se tiene la capacidad de formular y presentar claramente su visión, de persuadir a los opositores y de convencer a la gente de algunas medidas poco populares, la tarea terminará siendo un fracaso total”*. Y agregó: *“un economista no sólo debe conocer sus modelos económicos sino también comprender los intereses políticos, los conflictos y las pasiones”*.

Rediseñar la economía latinoamericana

¿Cómo obtendrá el éxito América Latina frente a los retos de la globalización?

Nuestra región siempre se ha caracterizado por copiar modelos económicos diseñados e implementados en el resto del mundo, máxime cuando estos están dando resultados en esas economías. Para no ir tan lejos, miremos el paso que dio la estrategia de industrialización, mediante sustitución de importaciones a la estrategia I.O.E; basó la aplicación de este último modelo de industrialización orientado hacia las exportaciones, en los adelantos obtenidos en esta estrategia por los países asiáticos.

Hoy los asiáticos enfrentan una situación parecida a la de los Estados Unidos en la década de los años treinta. Su prosperidad se derrumbó, la riqueza en su conjunto se está esfumando, y el mercado de valores de Indonesia ha descendido en 75 y 80 % aproximadamente, cuando las proyecciones indicaban que estaríamos ante la presencia de una fuerza económica imparable, que sería la economía que dominaría el siglo XXI y ha sucedido todo lo contrario, su economía está fuertemente averiada.

Todos sabemos que el modelo asiático de crecimiento económico estaba basado en las exportaciones, que se presagiaba que en muy corto tiempo se cerraría la brecha que separa sus economías de las de los países industrializados.

Frente a lo anterior ¿cuál será entonces de aquí en adelante, el modelo económico que América Latina tratará de emular?

Los europeos continentales están embarcados en un modelo económico social de mercado, el bienestar social se lleva una gran parte de sus esfuerzos y el Estado tiene una fuerte intervención en la distribución de la riqueza. Sin embargo, este modelo tampoco es la panacea, porque las tasas de desempleo están en alza en el largo plazo, aunque en el corto plazo tienen comportamientos cíclicos, suben y bajan, para estas economías. Una tasa de desempleo de dos dígitos es preocupante a sabiendas que

este continente ha enfilado siempre sus baterías pensando en garantizar el empleo a los ciudadanos, y se ha encontrado con la triste realidad de que no ha podido hacerlo.

Hoy por hoy los Estados Unidos viven sus mejores días, tanto la industria como el sector financiero marcan la pauta en el mundo, pero sabemos que el buen nivel de vida no está en ese país garantizado para todos sus habitantes. También los países del norte tienen su propio sur, y en la perspectiva de la globalización las corrientes migratorias y el tráfico de personas se acrecentaría cada vez más, sin que migrantes y traficados puedan tener subsidios ni trato preferencial alguno.

Las nuevas tecnologías de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI, la robótica, los ordenadores, las telecomunicaciones, la microelectrónica, los nuevos materiales contruidos por el hombre y la biotecnología, interactúan para crear un mundo económico nuevo y muy diferente; los avances de estas tecnologías de punta han permitido desarrollar los semiconductores, el laser y los ordenadores, y con base en lo anterior hay que reinventar las antiguas industrias.

De aquí en adelante cuando el capitalismo hable de riqueza se está refiriendo al control que posee sobre el conocimiento. La nueva economía latinoamericana debe estar basada en el conocimiento y uno de los factores importantes en que descansa la economía del conocimiento es la información. Bajo esta óptica el continente latinoamericano está llamado a aprender a integrar sus compañías y sus sociedades, una sociedad sólida y solidaria de mucha proyección.

La gran depresión enseñó al mundo que los mercados financieros sin ninguna regulación pueden hundirse y arrastrar con ellos a la economía entera. Para responder a esto se le impusieron regulaciones gubernamentales para contrarrestar las debilidades que

se habían observado en las finanzas. También se aprendió que para lograr la prosperidad no se podía permitir a los bancos que no pagaran a los depositarios y nacieron los seguros de depósitos. La Segunda Guerra Mundial también dejó como enseñanza que si los gobiernos financiaban la necesaria investigación científica era posible adentrarse en grandes descubrimientos tecnológicos y así se obtendría un mayor desarrollo industrial que aumentaría la efectividad económica.

Luego se observó que el capitalismo se hacía dinámico abiertamente en Europa y Japón, debido a inversiones del plan Marshall para irrigar a esas economías el apoyo económico necesario para que siguiera el capitalismo funcionando.

Durante la Primera y Segunda Revolución Industrial los trabajadores abandonaron la agricultura, un sector caracterizado por salarios bajos y pasaron a la industria fabril y minera, sectores de salarios más altos. En la actualidad frente a la Tercera Revolución Industrial, los trabajadores están abandonando la industria fabril y minera para entrar a los servicios que se ha caracterizado por tener salarios bajos y dispersos.

El mundo pasó de unas revoluciones que aportaron ingresos altos con una distribución más equitativa, a una revolución donde los ingresos son inferiores con una distribución más desigual.

En la Segunda Revolución Industrial se dio el traspaso de las economías locales a las nacionales y en presencia de la Tercera Revolución Industrial las economías nacionales se deben transformar en una economía global.

Nos puede llevar mucho tiempo asimilar la nueva economía global; vamos a encontrar muchas sorpresas que exigen que la región latinoamericana tome conciencia de esto y se prepare fundamentalmente

en ciencia y tecnología sin descuidar tampoco la formación humanista.

Como nos vamos a encontrar en una economía global, sin un gobierno global, las regulaciones no van a tener toda validez; aquí se va a dar la ley del más fuerte o la lucha por la existencia como la llamó Charles Darwin. El más fuerte sobrevivirá a los avatares y exigencias de la globalización.

Por ello el F.M.I., el B.M. y la Organización Mundial del Comercio se deben rediseñar para tratar ya no con una economía nacional, sino con una economía global, que tengan autonomía y que sean totalmente independientes de los gobiernos.

Tenemos ya experiencia de que dentro de una economía global, las crisis se generalizan y causan enormes catástrofes, si antes no se han tomado las previsiones necesarias. Por ejemplo la crisis asiática en 1997.

Fijémonos que estos países representan menos de 1% de la economía global. Los desastres que ocasionaron en el mundo en 1999 generalizaron esta crisis hasta afectar los bancos más poderosos (Bankers Trust, Bank of America, p. ej.) presentaron pérdidas cuantiosas. Rusia fue devorada por la crisis asiática, a los bancos suizos que son tan conservadores les fue mal, y en nuestro continente, Brasil necesitó una inyección de 45 mil millones de dólares para neutralizar el desastre.

Los gobiernos nacionales, fueron investidos de nuevos poderes, mientras las economías locales fueron reemplazadas por las economías nacionales. En la medida que lo global se va consolidando, estos gobiernos van a perder trascendencia y poder. Por ejemplo, ¿qué gobierno ha podido controlar las migraciones?; en contraposición, el papel de las compañías globales se va consolidando.

Reflexión económica

El subcontinente latinoamericano debe incorporar a su cultura el rápido cambio técnico, para desarrollar nuevas tecnologías y en forma deliberada concentrar esta nueva capacidad en la innovación. El sistema educativo debe ser reorientado hacia la formación de nuevos científicos, y se debe apuntar a que en la región no haya ningún trabajador que no sea cualificado, encaminado al aumento de la productividad. Aquí debe aparecer la educación tecnológica masiva.

Como hemos pasado de los altos rendimientos del desequilibrio a los bajos rendimientos de equilibrio, el empresario innovador con nuevos negocios y nuevos productos, con alto valor añadido, con un buen rendimiento financiero, sobrevivirá en lo global y además romperá estos equilibrios, creando entonces situaciones de desequilibrio para generar nuevas oportunidades y así obtener altos rendimientos con los consiguientes aumentos.

En Latinoamérica existen grandes desequilibrios de desarrollo, desequilibrios sociológicos y desequilibrios tecnológicos, debido a que los ingresos son muy dispares. Con la presencia de empresarios innovadores que reproduzcan y superen las actividades del mundo desarrollado, se podrá alcanzar esta meta agregando para ello lo siguiente:

- 1) Lograr nivel educativo alto.
- 2) Corregir la defectuosa distribución del ingreso
- 3) Conseguir infraestructura adecuada.
- 4) Tener gobiernos efectivos y sociedades integradas y solidarias

Todos los esfuerzos que estos gobiernos hagan por procurar en el subcontinente latinoamericano un nivel educativo de alto nivel para una mayor productividad, será de gran valía. Pero como en la sana competencia, nunca deberá olvidarse la solidaridad, en especial con los más débiles.

La sociedad latinoamericana en su conjunto se debe reinventar y tomar en serio el reto que se avecina, conviviendo con la pobreza, el atraso y el abandono. La economía del conocimiento nos está brindando una gran oportunidad de salir de este estado, desarrollando una gran capacidad para movilizar recursos con miras a dinamizar el desarrollo económico aumentando la productividad y creando o copiando nuevas tecnologías para ponerse al día.

Nos toca prepararnos sobre la marcha para entrar de lleno y con pie derecho en la Tercera Revolución Industrial que está basada en la economía del conocimiento, donde la clave del éxito está en desarrollar una gran capacidad para descubrir cosas nuevas y desechar las obsoletas con gran rapidez.

Para lograr lo anterior, se necesita que la educación en ciencia y tecnología sea encaminada a fomentar la creatividad, la innovación y lo novedoso. La nueva sociedad latinoamericana debe ser una sociedad que esté altamente capacitada para hacer frente a las realidades de su entorno, sin perder de vista que la economía, como todas las instituciones, está al servicio de las personas y no al revés.

Bibliografía

- ALBROW, Martín. "The global age, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- BARBERO, Jesús Martín. Las transformaciones del mapa: Identidades, industrias y culturas (Convenio Andrés Bello 1998):
- BECK (Hrsg), U. Politik der Globalisierung, Suhrkamp, Frankfurt, 1998.
- BECK, Ulrich. ¿Qué es la globalización?: Falacias del globalismo, respuestas a la globalización, Barcelona, Paidós, 1998.
- BERNAL MESA, Raúl. "Los procesos de Globalización: Perspectiva y riesgo para América Latina", en Revista Contribuciones, No.3. 1998.
- BOUZAS, R. 1996. "El mercosur y la globalización", Flacso (mimeo). - y Ffrench - Davies, R, 1997. "Globalización económica, condicionantes internacionales y la gobernabilidad de los países en desarrollo", en revista de la Cepal, diciembre de 1998.
- CALDERA, Rafael. Andrés Bello, MONTE ÁVILA. Latinoamericano. C.A. Venezuela, 1992.
- CALVINO, Italo: las ciudades invisibles, Barcelona, Menotauro, 1995.
- CASTELLS, Manuel: La ciudad informacional, Madrid Alianza, 1995.
- CERNY, P., 1995 "Globalization and the changing logic of collective action", en international Organization, 49, Otoño.
- FOXLEY, Alejandro, latin American Experiments in Nero-Conservative Economics, Berkeley, University of California Press, 1983.
- GARCÍA C., Néstor: Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad, México, Consejo Nacional para la cultura y las Artes/Grijalbo, 1990.
- GARRETON, M. A. "Redefinición de gobernabilidad y cambio político", en Síntesis No.22, Madrid, 1994.
- GIDDENS, Anthony: Globalization Keynote Address at the UNRISD Conference on Globalization and Citizenship".
- GOODMAN, J. Pauly, L., 1993. "The obsolescence of Capital Controls?. Economic management in the age of global markets, en world Political 46, Octubre.
- HABERMAS, J. Die postunetonale Konstellation, SuhrKamps, Frankfurt, 1998.
- HEGEL. Filosofía de la Historia. Ediciones Zeus, Barcelona, 1950 (Traducción de J. M. Quintana).

- HAYEK, F. A. The Constitution of liberty, Chicago, University of Chicago Press, 1960.
- Individualism and Economic Order, Chicago, University of Chicago Press, 1980.
- HIRSCHMAN, Alberto., de., Essay in trespassing: Economics to politics and Beyond, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1981.
- J. J. Brumeer, América Latina: Cultura modernidad, p.21, Grijalbo, México, 1992,
- KEYNES, John Maynard, the General theory of Employment: Interest and Money, Londres, Macmillan, 1936.
- LENIN, V. I., Collected Works, Vols. 33 y 33, Moscú, Progress Publishers, 1965.
- MATO, Daniel: "On the theory, epistemology, and politics of the social. construction of Cultural Identities in the age of Globalization: Introductory remarks to ongoing debates", Identities. Global Studies in Culture and Power, 3 (1-2), Octubre de 1996.
- ORTIZ, Renato. Identidades, industrial culturales, integración. Convenio Andrés Bello, Colombia 1998).
- PASSERON, Jean-Claude: Le raisonnement Sociologique: L'espece nonpoppe rien du raisonnement naturel, Paris, Nathan, 1991. Colección Essais et recherches).
- RICOEUR, Paul: La metáfora viva, Buenos Aires, Megopolis, 1977.
- SARLO, Beatriz. Escenas de la vida posmoderna, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- SKIDELSKY, Robert, KEYNES (Oxford: Oxford University, Press, 1996) p. p. 46, 10.
- SKIDELSKY, Robert, KEYNES, P.P. 119, 81, 2, 117; Keynes, General theory, p.383; William J. Barber A. history of Economic Thought (Londres: Penguin, 1967, reimpreso en 1979); p.257.
- SUBERCAEAUX, Bernardo. "Procesos complejos, preguntas múltiples", en revista especial Cumbre de las Américas, 1998.
- SMITH Adam. The Wealth of Nations, Nueva York, Modern library, 1994.
- SINGER, Paul: "Globalizção Positiva e Globalizacão negativa: a diferenca é o Estado". Novos Estudos, No.48, Julio de 1997.
- STEIN, Herbert, Presidential Economics: The making of Economic Policy from Roosevelt to Reagan and Beyond, Nueva York, Touchstone, 1985.
- Touraine, Alain Sociólogo Francés. Critica de la Modernidad, ¿Qué es la democracia?.
- ORTIZ, Renato: Mundialización y cultura, Buenos Aires, Alianza, 1997.
- UNESCO, Industrias culturales, FCE, México, 1982.